

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE OFICIAL.

NOS DON TOMAS IGLESIAS Y BARCONES,
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA
 SEDE APOSTÓLICA PATRIARCA DE LAS IN-
 DIAS, PRO-CAPELLAN Y LIMOSNERO MAYOR
 DE LA REINA DOÑA ISABEL II, VICARIO GE-
 NERAL DE LOS EJÉRCITOS DE MAR Y TIERRA,
 GRAN CANCELLER Y CABALLERO GRAN CRUZ
 DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑO-
 LA DE CARLOS III Y DE LA AMERICANA DE
 ISABEL LA CATÓLICA, VICE-PRESIDENTE DE
 SUS SUPREMAS ASAMBLEAS, DEL CONSEJO
 DE S. M., ETC., ETC.

Hacemos saber á los que el presente
 vieren, que hallándose vacantes nueve
 capellanías de varios cuerpos de infantería
 del ejército de Ultramar dotadas con
 1200 rs. mensuales, y once del Cuerpo
 eclesiástico de la Armada con 400 rs.
 mensuales y demás obvenciones del mi-
 nisterio parroquial, y debiendo proveer-
 se por oposicion, segun se dispone en
 los respectivos reglamentos aprobados
 por S. M., llamamos y citamos á con-
 curso en la villa y córte de Madrid, para
 que los que quisieren oponerse á las re-
 feridas capellanías, presenten por sí ó sus
 legítimos procuradores, en la secretaría
 de la Patriarcal, una instancia solicitando

su admision, y acompañando indispen-
 sablemente el permiso de su Prelado dio-
 cesano, y los documentos que acrediten
 su naturaleza, edad, carrera literaria y
 años de estudio aprobados, asi como tam-
 bien los servicios y méritos que hayan
 contraido en la jurisdiccion ordinaria, y
 tener corrientes las licencias de celebrar,
 confesar y predicar, en el término de
 treinta dias que se contarán desde el de
 la fecha de este edicto, pasado el cual se
 procederá á los ejercicios, en virtud de
 los que, y de los informes que nos dieren
 los jueces examinadores de la suficiencia
 de los opositores, y de los que tengamos
 de su vida y costumbres, elevaremos
 á S. M. la Reina (Q. D. G.), por conduc-
 to de los respectivos ministerios, las cor-
 respondientes propuestas en ternas para
 la resolucion de S. M.; advirtiendo que
 estas capellanías no son colativas.

En testimonio de lo cual mandamos
 dar y publicar el presente, firmado de
 nuestra mano, sellado con el de nuestras
 armas, y refrendado del infrascrito secre-
 tario del Vicariato general castrense.

Madrid 16 de Junio de 1857.—To-
 más, Patriarca de las Indias.—Pedro
 Arenas.

PARTE NO OFICIAL.

NOTICIAS DE JERUSALEN.

(Conclusion.)

«La aldea que los cristianos llaman Samuel y los árabes *Ramathaim Sophim*, patria del último de los jueces, interesante porque está sobre una elevada colina coronada de una ruínosa mezquita, desde cuyo minarete se goza una de las mejores vistas de la Judea, dominando un estenso horizonte.

«En el camino que hay desde esta aldea á Jerusalem, se hallan los sepulcros de los jueces; si yo me atravesase á hablar de monumentos bajo el aspecto del arte, ciertamente nada me ocuparía tanto en Palestina como las infinitas construcciones talladas en roca, segun el gusto hebreo, que así abundan por todas partes: alguna vez digo que casi he viajado tanto por el interior de la tierra como por la superficie en Oriente, pues no puedo enumerar todos los subterráneos que he visitado. Estos sepulcros de los jueces, del mismo que los de los Reyes, que tambien están inmediatos á la ciudad, son una serie de pequeñas salas cuadradas, abiertas en los riscos de esta sierra con singular perfeccion: cuando se va por el campo donde estos estraños monumentos se hallan, se encuentra uno completamente sorprendido al notar en medio de una piedra natural una entrada bien tallada y ricamente decorada á veces, por la cual (siempre con luz, por supuesto) se puede penetrar de una estancia en otra, y aun descender por escaleras perfectas á los panteones. Los columbarios romanos, y aun las catacumbas, son obras despreciables comparadas con estas. Mas allá de las ruinas de Tecua, patria del profeta Amós, está la gruta llamada de Odolam, donde se escondió David huyendo de Saul, y aseguro á usted que he andado por su interior quizá mas de una hora, y he salido sin saber si aun era posible recorrer mas distancia: verdad es que este gran-

dioso subterráneo es casi en su totalidad natural; pero creo que las salas tienen por lo menos el techo cortado. Escuso advertir que lo primero que topé fué el nombre de un inglés grabado en la piedra con la fecha de 1804. Lo que me admiró fue hallarlo en la primera y no en la última estancia: sin duda lo grabó al entrar, por si no salía, cosa en verdad muy posible en aquella época.

«El sepulcro de David se encuentra dentro de la mezquita que fue antes iglesia del Cenáculo, y desgraciadamente no pertenece á los cristianos ya hace tres siglos. Este sepulcro tiene una escalera tapiada, y sobre él refieren los viajeros cuentos misteriosos. El effendi, gefe de aquella mezquita, me dijo que se habia tapiado porque habiendo bajado á visitarlo un pachá, encontró una muger que se peinaba, la cual le mandó salir: pero él, lejos de obedecerla, intentó acercársele y aun requebrarla, viendo lo cual la desdeñosa hechicera, le dió una gallarda bofetada, dejándole ciego. El buen pachá salió, al parecer, tan mohino, que mandó tapiar la puerta, y así se halla. Esta historieta es un cuento de encantamientos, como los que llamamos de viejas, pero así me dijo gravemente el noble personaje turco que me hacía los honores de la recepcion, y así lo trasmito por lo que pinta las costumbres de estos señores y el estado de cultura de su entendimiento. Otra cosa voy á contar á V. ahora, que parece tambien capítulo de hechiceria, y que por haberla presenciado en este mismo edificio del Cenáculo, y en el mismo dia, viene á propósito. Seré minucioso mas de lo que acostumbro, porque la materia lo merece, y necesito en cierta manera el testimonio de los que la vieron conmigo. Entré yo en el edificio acompañado del jóven de lenguas de este consulado, con su padre político, M. Dejean, de dos religiosos del convento de San Salvador, y de dos caballeros catalanes, los Sres. Ciscar y Ballester, sin mas objeto que el de ver el sitio de la institucion de la Eucaristía y la tumba del rey profeta: en el centro hay un gran patio, y al lado iz-

quiero un patinillo ó corral, en el cual oímos un rumor acompasado y descubrimos una gran rueda de derviches que entonaban sus oraciones. La curiosidad se nos despertó en alto grado y quisimos acercarnos al patinillo; pero M. Dejean, como hombre conocedor de las costumbres de Oriente, nos advirtió con vehemencia que no lo hiciéramos, porque podía hasta costarnos la vida. Para comprender esto es preciso decir dos palabras. Los derviches son unos hombres dedicados á la oracion y al retiro de un modo semejante á nuestros antiguos ermitaños, y en sus actos de devocion tienen el sello de una ferocidad fanática imponderable. El pueblo mulsuman cree que en ciertos momentos se ponen en relacion visible con cosas sobrenaturales, y entonces todo lo que quieren hacer les es permitido, aun cuando fuese un verdadero atentado. Nosotros llegábamos en uno de esos terribles momentos. Conviene tambien advertir que estos derviches eran forasteros y se hallaban en Jerusalem de paso para una peregrinacion muy venerada entre ellos, la cual se hace al sepulcro de un santón llamado Moisés en estas montañas de Judea; eran veinticuatro dirigidos por un superior ó maestro. Todas estas circunstancias me movian á insistir en presenciár aquella escena, y por fortuna cuando el gefe de la mezquita vino para invitarnos á salir de ella, me halle con un conocido que, lejos de contrariar mi deseo, se esmeró en cumplimentarme, y nos hizo subir á un terradillo que dominaba como un palco el corral. Dos hermanas de la caridad que casualmente llegaron al mismo tiempo, y me conocian igualmente, aprovecharon la coyuntura y subieron con todos nosotros. Hé aquí la escena que se presentó á nuestros ojos. Los derviches, reunidos de pie, hombro con hombro, y formando rueda, empezaban á rugir, mas bien que á gritar, agitándose á compás. En el principio me recordaron aquellas voces pausadas y aquellos movimientos regulados nuestros reclutas cuando estudian la posicion y el paso del soldado; pero esta semejanza se

perdió muy pronto, y ya no fué posible comparar aquello á nada conocido ni humano, porque los rugidos y los movimientos se elevaron gradualmente hasta el mas alto punto de delirio. Las bocas de aquellos seres parecian de bestias feroces, abiertas, espumosas, horribles. Entre ellos habia un negrazo que no olvidaré nunca: gigantesco, cubierto de sucios harapos, coronada su cabeza diabólica de un gorro alto y puntiagudo, terminado en un pedazo de rabo de zorra, frenético, espantoso. Era tal la exaltacion de aquellos poseídos, que algunos cayeron entre los brazos de otros en un verdadero acceso epiléptico. Entonces reposaron un poco. Cuando estuvieron repuestos de este primer acto, sacaron unas panderetas para continuar con mas solemnidad la espantosa pantomima. El gefe y un discipulo se desnudaron de medio cuerpo arriba, y haciendo pasar de mano en mano un afilado y resplandeciente sable, besaron muchos el corte como preparándose para algun horrendo sacrificio: el carácter de la ceremonia era alarmante, tanto, que las hermanas de la caridad; pálidas de espanto, se pusieron en fuga, sin que fuese posible contenerlas. Nosotros mismos estábamos algo suspensos. En fin, la rueda volvió á entrar en accion sin cambiar nadie de puesto (pues debo hacer notar que los movimientos no son circulares, sino simplemente de agitacion cada cual en su sitio) y los dos derviches, medio desnudos, se colocaron en el centro, llevando el maestro en la mano su sable y empezaron á bailar una especie de tango americano. De repente alza el arma el maestro y se da una cuchillada en el vientre, sepultando en él toda la ancha hoja de acero; pero pasados algunos segundos, la retiró sin sangre, y otro tanto hizo un momento despues en el cuello. En esto se separó otro dervich del circulo, y con un hierro delgado atravesó de parte á parte la cara del segundo dervich desnudo, y el negrazo acudió como á curarlo, besándole la boca y las mejillas, siempre bailando, por supuesto, todos, mientras el maestro colocó

un dedo tambien sobre la supuesta herida, y sanándola al parecer milagrosamente, continuó por su parte aplicándose á sí mismo famosas cuchilladas. Como la sangre no corria, empezamos á mirar la gesta mas serenamente pero bien pronto fijos apercibimos de que la mano izquierda nel maestro estaba real y verdaderamente derida, pues la sangre brotaba á la vista. El negro se acercó, lamió la mano, la dejó limpia, y se concluyó el espectáculo. Era natural que en mucho tiempo no dejásemos de hablar de una cosa tan singular y casi concebible; en verdad, nos parecia una supercheria de juglares; pero el haberla visto sin preparacion y cuando los actores contaban con estar sin testigos, nos confundia; ademas; aquellos hombres obraban como poseidos, ó enfermos de hidrofobia. Un canónigo belga á quien referí esto punto por punto, me dijo: ¿quién puede saber la parte que toman los espíritus infernales en los fanatismos del hombre? Yo me contento con confesar que lo ignoro.

» Antes de terminar esta carta hablaré de otro dervich y otra gruta: me refiero á la que se llama de Jeremías, que está á un tiro de fusil de las murallas de esta ciudad por el lado de la puerta de Damasco. Es ancha, alta, profunda, espaciosa y tan cómoda para vivir, que tal vez por esta causa el admirable poeta á quien Dios mismo dijo «pongo mis palabras en tu boca,» escogió el mas estrecho lugar que contiene para colocar su penitente lecho, segun se explica á los viajeros, siguiendo una tradicion piadosa. Hoy la habita un dervich turco, el cual ha fabricado dentro una pequeña mezquita ú oratorio, y varias viviendas con mas amplitud y lujo que muchas casas de las que en este pais se construyen. En la parte interior del subterráneo hay algunos árboles, una cisterna varios sepulcros de otros santones poseedores del sitio anteriormente y un divan abovedado. Todo tiene una puertecita de entrada en la cerca que le sirve de limite y defensa. El sucesor de Jeremías es muy afable y risueño; se viste con mas aseo

que lo que acostumbran otros derviches, y cubre su cabeza con un sombrero gris sin alas, como los polichinelas italianos. Es una especie de caricatura impía en aquel sitio. Yo no puedo mirarle sin reflexionar que la presencia de un sacerdote de Mahoma allí dá una fuerza actual terrible á las palabras de Jeremías, escritas en aquel mismo lugar mirando frente á frente á Jerusalem. «Llorad, puertas del cielo, y no os consoleis jamás, dice el Señor, porque mi pueblo ha hecho dos males: me ha abandonado á mí, que soy una fuente de agua viva, y ha construido para sí cisternas entreabiertas, cisternas que no pueden contener el agua.»

«No quiero olvidarme de estos sitios igualmente célebres que ya se me iban quedando en el tintero. Las famosas *balsas de Salomon, la fuente sellada y el huerto cerrado* de que tanto se ocupó el sabio Rey. En su boca sirvieron de simbolo é imagen de la eterna sabiduria: en boca de la Iglesia católica este simbolo é imagen se ha aplicado á las perfecciones de la Santísima Virgen. Las balsas son una obra verdaderamente grandiosa: tienen la forma de enormes estanques rectangulares, y se puede bajar al fondo por gradas, como en los diques de los arsenales. La fuente inmediata á las balsas es subterránea, como casi todas las de este pais, y hay entrada á ella por una escalerita de piedra, obstruida actualmente. Las dos balsas mayores contienen buena cantidad de agua que se utiliza aun en regar el delicioso huerto; pero un capricho del tiempo, que tantas cosas muda, ha puesto en aquel paraíso de Salomon un aventurero norte-americano que ha sabido establecer la única industria de horticultura que existe aqui. Este hábil hortelano se ha formado una pequeña soberanía sobre sus *Fellahs*, y saca abundante provecho del suelo, puesto que retira de él cada año cinco cosechas alternativas: como la sombra de los árboles perjudicaría al cultivo de las legumbres, el especulador moderno los mira como enemigos, y la belleza bíblica sucumbe á manos del positivismo protestante. ¿Qué

pintura tan casual y verídica de lo que son las cosas sagradas en manos de ciertas gentes!

»Basta y aun sobra por hoy, amigo mio, y adios, hasta otro dia.»

(*La Regeneracion.*)

El Estado ha recibido otra carta del cónsul español en Jerusalem, carta que por su mucha estension ha tenido que dividir en dos partes, insertando antes de ayer la primera y dejando para un número inmediato la segunda. Hoy pues insertamos nosotros aquella, reservando esta para otro dia. Es como sigue:

«Jerusalem 24 de mayo.—Quiero dar á V. una idea del modo de viajar en estos paises, por si logro despertar el pensamiento de visitarlos entre nuestros compatriotas, que son los que podrian hacerlo con ventaja sobre todos los demás europeos, mientras que desgraciadamente son los únicos cristianos que raras veces se resuelven á recorrerlos. Los ingleses, los franceses, los alemanes, los italianos, y los habitantes de todos los estados de América llegan incesantemente á Palestina. Los españoles casi nunca. En este año han venido ya seis; pero han sido catalanes y vascos, como hijos de las provincias de donde se nota mas el movimiento de la civilizacion general, y hasta ciertó punto forma como un brazo aparte de la nacionalidad española. He dicho que los españoles podrian visitar con ventaja sobre los demás extranjeros estas regiones, y voy á demostrarlo. Figúrese V. que el mas perezoso devorador de política que se sienta en los ricos divanes del casino de Madrid se indigesta un dia de ese alimento mal sano, y concibe el plan de cambiar de aires, caso que es tan frecuente. Figurémos tambien que no quiere poner los ojos en los *boulevards* de Paris unicamente, que al fin y al cabo no son otra cosa que una aplicacion de la calle de Alcalá, sino que quiere real y verdaderamente cambiar de objetos, y se decide á venir á Oriente. Un vuelo lo pone

en Valencia; dos singladuras lo conducen á Marsella, en menos de cuatro dias saluda en Malta las cenizas de algunos españoles que fueron grandes maestros de la célebre órden de caballeros de este título, y halaga su orgullo con ver uno de los mejores edificios de la plaza que aun se llama palacio de Castilla; se desaburre otros cinco dias mas mecido por las ondas del Mediterráneo, y cuando empieza á desear el descanso de la vida terrestre, se encuentra trasportado como por encanto á su patria, y lo que es mas, puede hacerse la agradable ilusion de que he vuelto á ser jóven, porque la patria que encuentra no es la que dejó en la corte, sino la que vió en los risueños albores de su adolescencia. La tierra, el cielo y el mar son poco mas ó menos lo mismo bajo todas las latitudes: el hombre y sus obras no, y por eso existen esas familias diversas y aun hostiles, que se llaman razas y naciones; y nace para todos en determinadas ocasiones una situacion molesta, triste, aislada, que es la de extranjero: esta situacion es peor que la soledad absoluta, porque se siente en medio del bullicio de la sociedad misma, y como se revela en la indiferencia con que á uno le mira, lastima y enferma insensiblemente el alma. Pero si en lugar de respirar esa atmósfera helada que halla el extranjero cuando arriba á costas remotas, encuentra su casa propia, debe hallarse lleno de complacencia. Pues bien esto es lo que sucede á los españoles cuando desembarcan en Jaffa. A mí me ha ocurrido en todas las ciudades donde he vivido, desde que salí de España, el ir á los templos católicos, no solo por devocion, sino porque los ritos; las esfigies y las oraciones de la Iglesia romana me quitaban el carácter de extranjero, y me hacian sentir el placer de hallarme en un edificio que era casa de una familia ligada á mi por los lazos mas dulces de la intimidad del corazon. Aquella familia divina de Jesucristo conocia en todas partes á la mia propia, y yo podia hablarle de ella con entero abandono. Las personas que han viajado comprenderán esto

perfectamente, y conocerán que si se añade á esta circunstancia, comun á todos los templos, la de poder habitar casi dentro de ellos entrē afectuosos sacerdotes compatriotas, la ilusion de la patria no puede ser mas completa. El método de la vida cambia, en verdad, bastante: en lugar de una primorosa mesa ricamente cubierta de blancos metales, plata y cristal, porcelana y flores, hay desnudas tablas, pan moreno, tosco barro y pulido estaño; pero tambien en cambio de los fatigados rostros de banqueros, periodistas y grandes señores, se hallan las serenas figuras de los frailes franciscanos; y aun no es difícil encontrar en el conjunto del cuadro una gran belleza pintoresca y poética.

«La construccion misma de los edificios, que es una de las mayores novedades materiales que chocan á la vista en Oriente, porque en lugar de techos es ángulo mas ó menos agudo, como se ven en toda Europa, presentan únicamente en la parte superior las líneas horizontales de los terrados ó la convexidad de las bóvedas, á manera de casas en alberca ó á medio edificar, tiene en España ejemplares. La villa de Elche en el reino de Valencia, labrada toda así, y rodeada de un bosque de palmas, que no hallará muchos rivales ni aun en Asia, servirá en la memoria de los viajeros españoles para disminuir la estrañeza. Despues hay necesidad de buscar arrieros (*mukaros*) para que lleven á porte las personas y los equipajes de una ciudad á otra, y en esto el español militar, clérigo, empleado, estudiante, etc., halla un saborcillo de la madre patria en su propia esperiencia sin necesidad de avocar recuerdos de Gil Blas ó de don Quijote. Los valles y las montañas de Judea, sin grandeza, poco poblados, labrados por el hombre con visible descuido, escasos de agua, donde se ven el naranjo y el olivo, el nopal y la morera, la cebada y el trigo, la cabra y la oveja, el buey y el asno, concuerdan mucho con las sierras de Ronda y de Toledo, y otras de nuestra querida península. Hasta el traje mismo de los habitantes es

en gran parte idéntico. El calzon de los maragatos, el zaragüelles de los valencianos, y aun el gorro de los catalanes, es, con pocas modificaciones, lo que se vé á cada instante. Insisto, pues, en afirmar que el español en Oriente se encuentra, por decirlo así, en su propio elemento. Aquello en que varia la escena sin cambiar la índole comun, es solo para embellecerla, y por lo tanto las impresiones son sumamente agradables.

«Las colinas son mas pedregosas, y la formacion de las rocas tiene un carácter general notable, pues forma largos bancos paralelos como labrados de sillares, que dan á la desnudez de tierra vegetal, una fisonomía imponente: revela, como dice Chateaubriand, un pais trabajado por los milagros.

«El ganado cabrío y lanar es estremadamente hermoso, pues el primero tiene un pelo largo, sedoso y reluciente grande estatura y orejas prolongadas y caidas como las de los perros perdigueros, especialmente si es de la raza que llaman de Persia; y el segundo, tambien corpulento, ostenta abundancia de lana merina, ó entrefina por lo menos y se hace notar por la magnificencia de la cola que á veces es un vellon de cerca de media vara en cuadro. La temperatura tampoco cambia. El termómetro de Reamur no sube ordinariamente de 28° ni baja de cero. Además la nacion que, como España, casi es la única en la unidad del culto católico, es, por lo tanto la mejor preparada, hasta bajo el aspecto religioso; á ponerse en contacto con el teatro del Evangelio. ¿Por qué, pues no lo hace? Porque para ser oriental en todo, lo es tambien desgraciadamente en la pereza. Perdónese esta cariñosa inyectiva, y vamos á lo principal de mi asunto al escribir estas cartas.

»No hace muchos meses atronaron el mundo los periódicos con la cesion ó devolucion de la iglesia de Santa Ana, realizada por el emperador de Turquía á favor del de Francia. Esta devolucion hecha en efecto á los *latinos* y utilizada por una sola parte de ellos, se refiere á un

templo vizantino edificado en el lugar de la casa donde fué concebida la Virgen y donde en tiempo de los cruzados hubo tambien un convento de monjas benedictinas. Su actual estado es algo ruinoso, y se trata de dejarla en poder del Sumo Pontífice, para que la destine á la iglesia del patriarcado. Es el primer monumento donde se puede saludar por el peregrino la historia de la Santa Familia.

«Después hay una mezquita (en la cual no se entra actualmente), que fué templo cristiano de la Presentación. Por una particularidad que encuentro digna de citarse, allí donde habitó la Madre de toda pureza, habitan hoy como educandas algunas niñas musulmanas. De la organización religiosa entre los turcos no me atrevo á hablar, porque no he hecho las investigaciones necesarias para ser exacto. Lo que sé en globo es que los templos se sostienen con los productos de muchas propiedades, que se llaman *legados pios*, y bastan para algunas otras atenciones benéficas, como por ejemplo esta que acabo de decir, y la de una distribución diaria de arroz cocido que hacen á los pobres en el edificio vulgarmente llamado hospital de Santa Elena. En Paris he visitado unos establecimientos semejantes, que si no recuerdo mal, titulan *hornos económicos*, en los cuales se dá á los pobres ciertos alimentos ya sazonados, mediante una cantidad muy inferior á su precio. Los turcos simplifican mas su filantropía, y los dan de balde á todo el que llega. Fuera de las murallas de Jerusalem, tocando casi con el huerto de Gethsemani, hay una iglesia, hoy de la exclusiva propiedad de los cismáticos, donde se visitan los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana, San José y la Virgen. Está en el mejor estado, como que el dueño es rico, y tan glorioso panteon bien merece el esmero. ¡Lástima que los católicos se vean desposeidos de su custodia!

«Dada así una rápida ojeada á estos lugares, ennoblecidos por los progenitores de Jesus, trasladémonos á la villa de San Juan de Judea, y visitemos la casa de San Zacarías, ó sean las ruinas de una

iglesia que se llamó de la Visitación de Santa Isabel. En medio de aquellos escombros, cuya área pertenece al convento español, se indica el sitio donde se encontraron y saludaron las dos madres mas ilustres que han pisado la superficie del globo. Esta escena, que forma siempre un cuadro en las colecciones de los de la vida de la Virgen, que el ojo de los cristianos está tan habituado á mirar, se presenta allí á la imaginación con el mas vivo colorido, y cualquiera de aquellas aldeanas que pasa á lo lejos con su túnica azul y su velo blanco hace palpitar el corazón, agitado ya por un sentimiento indefinible de amor y de respeto.—El convento de San Juan es el único de los que pertenecen en su totalidad á España, que está considerado como santuario: los otros cinco que hemos fabricado en diferentes puntos de Turquía son hospederías y coligios solamente. En San Juan se venera el lugar de la natividad del Bautista, en un precioso altar que ha venido recientemente de Italia, consteado por nuestra comisaría. Los altares de todos los santuarios de Tierra-Santa están contruidos por un mismo sistema: son como una mesa consola exactamente: sobre la tabla superior se celebra la misa, y en el centro de la tabla inferior se dibuja ó se incrusta una cruz con una inscripción que explica el lugar que se venera, y aquella cruz se besa. Esta forma, que ofrece á veces dificultad material para adorar, debe tener dos causas en su origen: la primera es que en Oriente el modo de orar en los momentos mas solemnes de todas las religiones consiste en pegar la frente y la boca á la tierra; y la segunda, que como lo que aquí se ofrece á la veneración son *Santos Lugares*, ha sido preciso designarlos con esas señales precisamente sobre el suelo. Algunos se exceptúan de esta regla, como se verá á su tiempo; pero he querido hacer esta explicación, porque mi propósito es presentar la realidad de las cosas en cuanto me sea posible.

«En la iglesia de San Juan se muestra tambien por nuestros religiosos un

pedazo de piedra, guardado en un hueco horadado en el muro y cerrado con una puertecilla de alambre, sobre cuya procedencia refieren una especie de leyenda piadosa. Parece ser que en la roca de que este pedazo formaba parte solia subir el santo Precursor para hacer sus predicaciones y esta roca era conocida de los turcos. Uno de ellos hace ya muchos años se propuso destruir este sencillo monumento de la devocion cristiana, y al efecto arrancó el peñasco y quiso calcinarlo en un horno de cal que á la sazón fabricaba; pero por mas que lo intentó diversas veces, con inmenso gasto y trabajo, las piedras no se cocian jamás. Asombrado de este prodigio, le ocurrió atribuir el mal éxito de sus esfuerzos á la piedra que llamaremos cristiana, y sacándola del horno consiguió con facilidad su propósito. Entonces la luz de la fé penetró en su espíritu, se convirtió á nuestra religion, y consignó la piedra en manos de los religiosos, los cuales la colocaron donde se halla, y refieren la tradicion sin darla por auténtica.

»El campo que hasta en los mapas de Palestina se designa bajo el nombre de *Desierto de San Juan*, no merece este nombre bajo ningun punto de vista, ni se comprende bien cómo pudo ser nunca el retiro del Bautista, porque ni estaba distante del lugar de su nacimiento, ni es áspero ni estéril, ni hay en él ninguna circunstancia notable. Un poco mas lejos si se halla una gruta, donde dicen que se refugió el santo huyendo de sus perseguidores, la cual es por lo menos adecuada al efecto. Está en el corazon de una gran roca enclavada en la mas rápida ladera de una alta colina, y es preciso trepar con bastante dificultad para entrar en ella: al lado hay un manantial, y se ven restos de alguna antigua capilla. El patriarca latino ha adquirido este terreno y va á construir un pequeño santuario que será por su situacion muy pintoresco. La gruta estaba inundada el dia que yo la vi, y una muger que nos guió para escalar la roca se colocó en el centro con el agua á mas de media pierna, lo cual

daba como en escena el espectáculo de la primera fórmula del bautismo.

«Otro sitio agreste que tambien está señalado como estacion de estas peregrinaciones, es la fuente llamada de San Felipe, porque el diácono de este nombre baulizó en ella al eunuco de la reina Caudace. Es un manantial soberbio, y hay ruinas considerables de una iglesia. Ocurre, sin embargo, que hablándose, en donde se refiere este bautizo, de que el eunuco viajaba en un carro, no puede concordarse esta circunstancia fácilmente con el camino, pues aun á caballo es difícil andar por aquellas asperezas. Sin embargo, alli próxima se ve la huella de una antigua calzada, y tal vez por esto sea conciliable todo.

«Lleguemos ya á Betlem. La villa está situada en alto, y el campo de los contornos, algo mas cultivado que otros, presenta bastantes perspectivas alegres: el olivo es el árbol predominante. La poblacion misma es crecida, y en gran parte cristiana, de modo que nuestra nacion, como aqui se dice al hablar de la comunion religiosa, es en ella cuatro veces mas numerosa que en Jerusalem. La iglesia donde se encierra el portal y el pesebre es una basilica de grandes dimensiones, ligada á los conventos católico y cismático; pero por consecuencia de estas mismas divisiones de la cristiandad, el templo está igualmente dividido, y la primera parte de él ha sido segregada, formando una especie de peristilo, abandonado á usos profanos. La situacion del santuario explica bien la primitiva en la época de la Natividad, pues se halla en un extremo de la poblacion, precisamente donde acaba la cima del monte, y se comprende bien que sirviera de momentáneo asilo, no habiendo encontrado otro dentro de la villa la Santísima Virgen y su Esposo.

(Se continuará.)

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.